

# EL AMIGO CATÓLICO,

DEFENSOR DE LOS LEGÍTIMOS INTERESES SOCIALES:

**RELIGION,**

**FAMILIA,**

**PROPIEDAD,**

**FUNDADOR.**

**DIRECTOR.**

**CENSOR ECLESIASTICO.**

Dr. D. Manuel Gonzalez Francés,  
Canónigo Magistral.

Sr. D. Antonio Soriano Barragan,  
Presbitero.

Dr. D. Manuel Jerez Caballera,  
Canónigo penitenciario.

Se publica todos los juéves en 16 páginas á dos columnas.—Precios de suscripcion: 10 reales trimestre; 38 un año.—Redaccion y administracion: Sol, 135.

## SECCION DOCTRINAL.

### TERCERA VELADA.

#### INTERLOCUTORES.

1.º—D.—Dicax.

2.º—A.—Acer.

3.º—C.—Custos.

C.—¡Santo Dios! Buena la tenemos... Se anuncia la entrada del gracioso D. y del turbulento A. Que pasen.

D.—Funcion de grande aparato, Sr. C., vengo del sermon.

C.—Lo celebro. Pero es menester repetir. No todo lo hace el aparato, y sin embargo, entra por mucho en un asunto la decoracion.

D.—Sí... pero sería de más efecto una funcion religiosa, donde se viera en el templo una cruz desnuda de atavíos. Un crucifijo

destacando como única figura, dominándolo todo, asamblea, templo, corazon y cabeza, atraería adoradores en espíritu y en verdad, y alejaría de los pueblos cristianos la infeccion idolátrica que los enferma y envilece.

C.—¡Era de temer! Siempre ofreció peligros el aire cómico; mas si los tonos llegan á ser tragicos, entónces ¡Dios con nosotros!

A.—Me fatigan los miramientos del buen D. Si desde luego hubiera calificado de fanático al orador, y el aparato de superstición, hubiérase puesto en razon.

D.—Es menester calma, templanza, cierta habilidad para insinuarse con éxito. Para deprimir en regla conviene mucho enaltecer lo que se quiera derribar.



C.—¡Como lo presumí! El gracejo viene de precursor de la embestida temeraria. Me parece oír á Erasmo y á Lutero: el uno puso en nota de burla lo que el otro ejecutó blasfemando.

A.—¡Claro! ¡Claro es! ¡Nada de supersticiones, nada de fanatismo! ¿A qué viene el rosario antes del sermón, el sermón lleno de citas de Santos Padres, el templo henchido de vírgenes, santos, ángeles, beatos, luces, música, cofradías, y por remate la salve? No es todo eso la expresión más cabal de una idolatría depresiva de la dignidad de Jesucristo, consentida y autorizada por la Babilonia que lleva el nombre de Iglesia católica?

D.—Ahí vamos todos; pero conviene usar de formas cultas, emplear medios de persuasión y acreditar la Reforma de ilustrada y erudita.

C.—Se van despejando los campos, y no se entiende por qué se irrita A., como no sea por hacer bueno el nombre que lleva.

D.—Sin embargo, duro es el calificativo.

C.—No tanto. Doctísimos varones han calificado al personaje, llamándole turbulento, arrebatado, faccioso.

D.—Pero serán fanáticos atrabiliarios.

C.—No por cierto. Agudos,

discretos, honrados, persuasivos, doctos y justos como el B. Canisio.

D.—Difícilmente vendremos á un acuerdo valiendo en el debate parecidos epítetos.

C.—Lo grave es que unos sean merecidos, otros arbitrariamente impuestos; á saber, se califica de fanáticos atrabiliarios á discutidores de primer orden, y se deplora que á un fraile sacrilego y apóstata, con más, agresor virulento, le llame hasta rabioso el B. Canisio.

D.—Defender á un continuador siempre es laudable, y este es mi papel al presente.

C.—Será consecuencia deplorable y punible; más laudable no puede ser apoyar causas infaustas.

A.—¡Buen modo de salir de apuros! Eludiendo cuestiones se cree haber alcanzado victoria. Y lo del rosario, lo del culto idolátrico, etc., ¿cuándo se toma en cuenta?

D.—Esa es la cuestión.

C.—Pues bien, á la cuestión; pero tiene varias partes.

A.—¡Al asunto! ¡Al asunto! ¿*Ut quid perditio hæc?* Nada de Babilonias.

C.—Sin duda es babilónica la oración del *Pater noster*; lo serán también las saluciones del Ángel á la Virgen Santísima, la



de Santa Isabel, y el Gloria con que se ensalza á la Trinidad Beatísima. Y sin embargo, el asunto y su letra todo es evangélico.

A.—Sí... Pero tanto repetir...

C.—Quiere decir que la cuestión ha pasado de teológica y piadosa, á simplemente artística.

D.—¿Y se negará la importancia del arte, por ejemplo, la de la gramática, la de la filosofía, de historia, de las lenguas y de la ciencia?

C.—No puede ni aun desconocerse el mérito de la reflexión; sin embargo, la gramática maligna ha producido una filosofía perturbadora, una historia bastarda, una erudición pedantesca y una teología facciosa.

A.—¡Ah! Iglesia romana!... ¡Ah!...

C.—Entendido. No es menester pronunciar la palabra. Sobre mal sonante, es brutalmente injusta.

D.—Pero, ¿en qué quedamos? El culto que dá la Iglesia romana á los santos, ¿es ó nó idolátrico?

C.—Nunca fueron buenos filósofos los hombres dados al gracejo que no instruye, sino que entretiene. Sería de desear que un hombre honrado no pronunciara una sola palabra fuera de propósito y de sentido, y á mayor abundamiento que no dijera lo que no

supiera definir. Hay buena fé literaria, como la hay científica. La de llamar idolátrico al culto que la Iglesia romana da á los santos, es desconocer ó fingir que se desconoce lo que es idolatría, y la clase de culto con que los santos son venerados.

A.—¡Como! Esa Babilonia adora á la Virgen, á los ángeles y á los santos haciendo deidades á las criaturas.

D.—¡Cuanto incienso quemado á los ídolos!

C.—¡Es verdad! Nunca estuvieron mejor servidas las pasiones que al aparecer los Erasmos y Ecolampadios, Lutero, Melancthon, Brentio y sus alumnos. Nunca se vieron tantos ídolos como en tiempo de los iconoclastas, y en los que se proclamó la adoración en espíritu y en verdad.

D.—¡Divino Erasmo!

A.—¡Divina Reforma!

C.—*Habemus reos confitentes.* Ved ahí idólatras de un hombre y de una revolución nefanda á los que titulan idolátrico el culto de los santos; y sin embargo, los católicos no tienen por divinidad á la Virgen Santísima ni por dioses á los ángeles y á los santos, sino que los veneran; no los adoran, los honran como justos, amigos de Dios, y por tanto intercesores. No les dan culto de verdadera religion, que



los teólogos llaman de *latría*; les dan culto de veneracion. No los consideran redentores. Solo adoran á Dios trino y uno.

*D.*—¿Pero no bastaria en su caso una oracion sencilla, bien ordenada y que cautivara el oído, en vez de la monotonía del rosario?

*A.*—Es más que monotonía. Es fastidio de las cosas santas lo que producen las impías deprecaciones con que la Iglesia romana adora á la Virgen. *Impium et insalutare canticum*, llamó Lutero á la Salve.

*C.*—Cada uno está poseido del papel que ha tomado á su cargo.

*D.* sigue haciendo el gracioso. *A.* truena como nube cargada de rayos. No hay para qué repetir que ambos andan errados. La primera condicion de la honradez es hablar lo que se siente y conoce, y segun lealmente se entienden las cosas; que eso de atribuir á la Iglesia católica lo que no hace, ni dice, ni pensó jamás, arguye en sus enemigos suma debilidad de razones é insigne mala fé. En cuanto á la cuestion de arte, ó literaria, bien se comprende que *D.* ha estudiado poco el corazon humano. Lo grande se admira y no deja de admirarse, lo bueno se celebra sin cesar, se aplaude lo grandioso y cautiva el ánimo lo sublime.

El amor á Dios es cantor incansable; la gratitud siempre habla del bienhechor. La religion, pues, honra con amor, con honores y obsequios, de un modo excelentísimo y principal, á Jesucristo; de un modo más excelente que á los ángeles y á los santos, á Maria Santísima, Madre del Redentor; y las gentes bien nacidas, y que conocen el beneficio de la redencion, y los méritos de los santos, en quienes Dios es admirable, ni se cansan de celebrar tales dignacion y grandezas, ni cesan de cantarlas. Noche y dia quiere hablar el enamorado del objeto que le embelesa; noche y dia se alaba al Señor diciéndole: *Santo, Santo, Santo*; noche y dia resueñan en el cielo alabanzas eternas á la Majestad divina, rodeada de santos y de justos, sus amigos é intercesores nuestros. Vive allí siempre gozosa siempre feliz la Madre del Redentor, y como abogada nuestra intercede misericordiosa por nosotros. Ella nos muestra y recomienda á su divino Hijo Jesus, implorando misericordia para el hombre miserable. Calla el arte cuando hablan á una vez y de un modo incoercible el amor y el sentimiento. Ni la buena madre encuentra monótono el celebrar, como locamente enamorada, las gracias de sus hijos, ni el buen hijo se can-



sa de bendecir á su madre. Ambos, como ébrios y arrobados, cambian entre sí las caricias y balabanzas sin mas orden ni concierto que la poesía del corazón, tan elevado para esto el de una infeliz aldeana como el de una princesa. El que habla ha tenido ocasion de admirar la elocuencia y elevacion de ideas de madres desoladas al ver partir á sus hijos para la guerra. «¡Fruto de mis entrañas! ¡Sangre mia! ¡Mi Dios! ¡Mi consuelo! ¡Todo lo pierdo!» Tales madres no son idólatras no obstante sus admirables exclamaciones de amor y de embeleso.

D.—¡Buena está la disertacion! Sin embargo, nada mas frecuente en los templos católicos que ver de rodillas, ante las imágenes de Maria y de los santos, al clero y á los fieles pidiendo misericordia. No entiendo de adoraciones si tal actitud no es culto idolátrico.

A.—¡Es inconcuso! Los romanos son idólatras.

C.—Siempre lo mismo. No se abandonan uno á otro D. y A., pero insistiendo en que los católicos consideran deidades á la Virgen y á los santos. Piden, sí, misericordia, mas no á los santos sino á Dios, por mediacion de los santos. Y en orden á pedirle de rodillas, lo hacen supli-

cando, rogando y como obligando llorosos, devotos y penitentes á que los justos intercedan cerca de Jesucristo, fuente de las misericordias; autor y consumador de la Redencion. Por otra parte, cabe en las formas irregulares del corazón humano que el necesitado de favor y amparo lo pida de rodillas, no solo á quien dispensa la merced, sino tambien á sus amigos y allegados. No es raro en la historia ver á grandes y poderosos hasta mendigar la buena gracia de un introductor, sea quien fuere, cerca del monarca, del emperador ó del ministro. Es, pues, lógico, natural, y por tanto muy conforme á razon, buscar abogados é intercesores, á quienes llama *su esperanza* el suplicante.

D.—Sí, mas no llevan cirios encendidos, ni van rodeados de cofradías ni de orquestas.

A.—Tiempo perdido. ¡Abajo la idolatría!

C.—Sí. El mejor nivel el agua: venga un diluvio de impiedad. No se quiere entender las cosas. El culto exterior sin el interior es vano, y esto significa el adorar á Dios en espíritu y en verdad. Pero el corazón necesita de exteriores llamadas; la piedad tiene sus desahogos y sus laudables larguezas; la devocion llora, proclama, ofrece, muestra los



objetos que la contentan y embellean. Ordena procesiones, levanta estandartes, preside á todo la cruz, señal de nuestra redencion, y sigue á las fiestas cristianas el cortejo entusiasta de niños, mujeres, ancianos, músicos y cantores que alegran la solemnidad. En todo se encierra la original poesía del corazón cristiano, derramado en aclamaciones, en vivas y tiernos motes, natural realce de los cultos.

*D.*—Es decir, que los católicos van al templo como irían al teatro.

*C.*—Nó, no es así. Van al templo á orar, al teatro á distraerse; pero han menester, lo mismo en el templo que en el teatro, de exterior auxilio que les haga agradable la fiesta; con la diferencia de que en el teatro pagan á los actores, y en el templo ofrecen á Dios todo lo que es de Dios, oro, incienso y mirra, todo ello acompañado de plegarias y de suspiros. Reconocen de este modo al Señor del universo, á quien celebran diciendo: «Tú solo Santo por excelencia. Tú solo Señor. Tú solo Altísimo.» Y dicen á la Virgen Santísima: «Ea, pues, Señora, abogada nuestra; vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos, y despues de este destierro muéstranos á Jesús, fruto bendito de tu vientre.» Piden mise-

ricordia á Dios Padre, á Dios Hijo y á Dios Espíritu Santo. *Miserere nobis.*—Piden intercesion á la Virgen y á los Santos. Rogad por nosotros. *Ora pro nobis. Orate pro nobis. Intercedite pro nobis.*

*D.*—Todo eso es vulgar.

*A.*—¡Cómo vulgar! Es por extremo insipiente.

*D.*—Más persuadirían ejemplos tomados de la *Biblia.*

*A.*—No hay que esperararlo.

Continuarán los romanos llamando su esperanza, su abogada y Reina á una criatura.

*C.*—Parece increíble la insistencia del gracioso *D.* y del arrojado *A.* Sabemos los católicos que solo Dios puede salvarnos, y que solo Dios pudo redimirnos. «Tú eres, Señor, mi esperanza, cantaba David (Psal. XC). Oye-nos, Dios, nuestra salud, esperanza de tierra y mares.» (Psal. LXIV.) «Bueno es adherirse á Dios y poner la esperanza en el Señor.» (Psal. LXXII.) Y á cada paso hablan en el mismo sentido las Santas Escrituras, cuya amorosa efusion, no del agrado de *A.* y *D.*, se repite con anhelo incesante. *Laudate, laudate. Afferte, Afferte... quoniam in soeculum misericordia ejus... quoniam in aeternum misericordia ejus...* Y el apostol San Pablo llamó á los fieles de Tesalóni-



ca su corona, su esperanza, su gozo y su gloria (Carta primera, cap. II, vers. 19 y 20). Así, lo que solamente es propio de Cristo como Redentor, se atribuye á la Virgen Santísima, á los ángeles, santos y fieles discípulos en concepto de intercesores. Es doctrina terminante y corriente en la Iglesia católica, cuya teología, fundada en las Santas Escrituras, lejos de enseñar la idolatría y de fomentar supersticiones, depura la verdad en todo, condenando ambas cosas como opuestas á la religion divina. Declamar, pues, no es argüir, ni el enojo tiene virtud para convertir en buena causa la sinrazon y la pertinacia. Llámase espíritu fuerte el delirio que grita contra las prácticas de la Iglesia católica. ¡Idolatría! ¡supersticion! ¡fanatismo! ¡Y no se quiere que el amor y la piedad invoquen las misericordias infinitas, diciendo: «Jesús, Hijo de David, tened misericordia de mí! ¡Virgen purísima, rogad por nosotros!» Es tanto como otorgar á la impiedad temeraria lo que se niega á la devocion santa y razonable.

*Fiesta de Ntra. Sra. del Pilar, 12 de Octubre de 1874.*

† *El Obispo de Jaen.*

### Despues de esto... el diluvio.

Con ojos curiosos, pero henchida el alma de amargura, echamos una mirada escrutadora sobre la superficie del globo, y por todas partes vemos la desmoralizacion que cunde ahogando en el mas inmundo cieno las costumbres sociales que tanto enaltecieron á nuestros mayores; vemos que la impiedad destruye los nobles sentimientos de la caridad cristiana, que rinde culto al hombre que se ha deificado á sí mismo, deificando su corazon; vemos perdida la fé, la fé divina y por ende la fé humana, y que en fuerza de alejarse el hombre de Dios, en medio de tantos sistemas y creencias á cual mas absurdo ha venido á parar en no creer nada, desechando la revelacion y pretendiendo temerario é insensato envolver de nuevo la verdad entre los oscuros pliegues del error. Entonces, cuando todo esto vemos nos decimos á nosotros mismos: hé aquí poco mas ó menos el estado en que se encontraba el mundo, cuando el Eterno ordenador de todas las cosas determinó destruirlo por medio del diluvio; mas bien dicho; mucho peor se encuentra hoy que cuando abiertas las cataratas del cielo y las fuentes del abismo inundada fué toda la tierra.



*Toda carne habia corrompido su camino:* y tanto lo habia corrompido que el Criador Supremo de cuanto existia entonces, como lo es de cuanto existe hoy, pareció tener pesar y estar arrepentido de haber formado al hombre, y determinó *raerlo* de sobre la haz de la tierra, con todos los animales y aves que para su servicio y uso habia criado. *Pœnitet me fecisse eos.*

Ahora bien; sin meternos á discurrir, porque no es de este lugar, sobre semejante manera de expresarse la historia sagrada respecto á Dios, puesto que nosotros estamos conformes con San Agustín en el libro primero de sus Confesiones, capítulo 4.º, haremos notar el estado en que se encontraba el mundo en aquella inolvidable y tristísima época que atrajo sobre él tan terrible castigo, y comparémoslo con el estado en que se encuentra hoy. Después no podremos menos de exclamar que el terrible azote y calamidades sin número que nos afligen son merecidas y aun es poco... ¡Era necesario otro diluvio para purificar la tierra!

La sagrada Escritura en su capítulo 6.º del Génesis, dice muy terminantemente que la malicia de los hombres habia llegado á su colmo. Los piadosos hijos de Seth, que habian conservado en toda su

pureza primitiva el culto de Dios, habiendo visto á las hijas de la proscripta y maldecida raza de Cain, que eran *hermosas*, se mezclaron en matrimonio con ellas: sus vicios y depravacion, consecuencia natural de estos en la-ces reprobados por Dios, irritaron su justicia hasta el punto de concluir con aquella depravacion general por medio de un diluvio que inundara toda la tierra, sin perdonar á ninguno de todos los seres vivientes, escepto á la familia del hombre *justo entre todas sus generaciones*, Noé.

Las injusticias, las violencias, fraudes de todo género, el mas brutal y asqueroso sensualismo sobre todo, habian venido á constituir la vida de los hombres; más bien formaban, si vale decirlo así, su patrimonio, su único y exclusivo ejercicio. Dios no era adorado: el sentimiento religioso que Seth habia inspirado á sus hijos, habia desaparecido bajo la podredumbre sensual que llenaba sus corazones: la criatura habia sustituido al Criador: el hombre se adoraba á si mismo.

De esta raza criminal nacieron aquellos gigantes de que hablan los sagrados libros: gigantes, por su corrupcion mas que por su talla y fortaleza: gigantes en su depravada astucia: gigantes en su artera mañosidad: gi-



gantes en su desprecio hácia Dios: hombres sin freno, que abusaron de su fuerza para oprimir al débil, y para hacerlo cómplice de las abominaciones y torpezas de que daban ejemplo... El diluvio vino sobre ellos, y esterminados fueron de sobre la tierra, juntamente con todos los animales y los reptiles y las aves del cielo... ¡Habian servido tambien para multiplicar sus vicios, para dar mas creciente pábulo á su bruta y asquerosa sensualidad!!.

Y bien; ¿qué es hoy el mundo? ¿Qué los hombres? ¿Cual el estado de las costumbres? ¿Conoce la criatura á su criador mejor que entonces fuera conocido? ¿Le adora mas rendidamente que antes? ¿No se adora hoy el hombre, como en aquellos funestos dias se adoraba? ¿No está la tierra llena de abominaciones y torpezas, como lo estuvo entónces? Muy corto de vista, mas que miope, ciego debe ser, el que esto no vea.

Nosotros con la tristeza en nuestros ojos y la amargura en nuestro corazon contemplamos el estado moral de la sociedad. Los hombres como en tiempos del profeta Ezequiel, no piensan mas que en engañarse mutuamente; en suplantarse los unos á los otros; se acechan, como el tigre acecha su presa lanzándose sobre ella cuando tiene ocasion para

devorarla: las injusticias, las violencias están á la órden del dia: como en los dias de Noé la fuerza ha sustituido al derecho: los vicios mas inmundos se han cano- nizado como virtudes heróicas: la sensualidad mas bruta es la ocu- pacion favorita: dentro de su co- razon cada cual ha levantado un ídolo á quien postrado adora: y hombres se han levantado y le- vantán gigantes en deprada as- tucia: gigantes en abominacion; gigantes en sacrilega ciencia; que como los que trazan los sagrados libros, oprimen al débil y senta- dos en la cátedra de la pestilen- cia, corrompen al sencillo des- pues de haber saturado su cora- zon con su doctrina. En vista de esto; ¿no pudiéramos exclamar con el profeta Rey, que apenas hay quien practique el bien? ¿No podemos decir con razon que la tierra está desolada con terrible desolacion y son muy pocos los que en ello piensan?

Pero debemos notar de donde provino, y cual fué la causa pri- mordial de tamaña prevaricacion de los hombres antidiluvianos; como se formó aquella raza de criminales que atrajo sobre sus cabezas el anatema del cielo y total esterminio, no solo de las personas, sino hasta de los mis- mos animales. No tenemos otro criterio para juzgar que el que



nos prestan las sagradas páginas y á ellas nos atenemos.

La union reprobada de la raza de Seth con la raza criminal y maldecida de Cain, es la que señalan como causa principal, origen fecundo de tantas y multiplicadas abominaciones como mancharon la tierra; hasta convertirse el hombre de peor condicion que el bruto, asemejándole en su inmunda sensualidad con todas las consecuencias y efectos que tienen su origen en este tan detestable vicio; el cual para significar todo el horror que lleva consigo, dice el sagrado texto que ni aun *nombrarse debe*.

En confirmacion de esto mismo, San Cirilo de Alejandría en su libro IX contra Juliano, se expresa de esta manera. «Los piadosos descendientes de Seth, degenerando de su piedad, contrajeron matrimonios con las hijas de los impíos, como lo eran ellas. Esto mismo se ha visto y experimentado en la série de todos los siglos. Cuando una Nacion pura y santa se mezcla con otra impura y profana, la santa va insensiblemente adquiriendo las malas costumbres de la profana, y la profana no imita las virtudes y buenos ejemplos de la santa. Estas son las consecuencias del tolerantismo.» Esta verdad, no

admite réplica: consignada en los sagrados libros se presenta además á nuestra vista hoy con tris-tísimos y demasiado visibles colores.

Cosa admirable y casi increíble sino lo viéramos desgraciadamente, lamentándolo sin poderlo remediar. Dios enviando á su sagrado Verbo á la tierra para regenerar al hombre y sacarlo de la ignominia y oprobiosa abyeccion en que vivia, plantó en medio del mundo criminal regado con su preciosa sangre, el árbol de la vida, la Iglesia. Entre los infinitos frutos que produce y medios de santificacion que le dió, se encuentran los sacramentos, fuentes de salud y gracia espiritual y corporal, que resaltan hasta la vida eterna. Y entre los sacramentos se encuentra uno, que el apóstol San Pablo *en nombre de Cristo y de la Iglesia llama grande*: porque en verdad, nada mas grande que la union de Cristo con la Iglesia simbolizada en el matrimonio, origen de muchos misterios, y sobre todo causa de infinitos bienes para la sociedad entera; cuando se verifica segun las inspiraciones del espíritu de Dios encarnado en la Iglesia, modelo y fundamento de toda sociedad verdadera y perfecta.

Ahora bien: ¿Qué ha venido á ser del matrimonio cristiano? ¿Qué



de esa union santa establecida por Cristo? A este sacramento *tan grande*, se le ha sustituido un contrato civil, dándole los efectos civiles que aquel tenia, establecido por la potestad civil, llamándole impropriamente *matrimonio*, desechando á Dios legislador Supremo, autor de la sociedad fundada sobre esta union, proponiéndolo al legislador civil que obra en desacuerdo de las leyes naturales y divinas; consignando como única legitimidad en la prole la que él produce y sacrílegamente calificando de concubinato á la union sagrada que constituye el Sacramento; porque tanto vale haber declarado por una ley hijos *concubinarios* á los que de allí emanan.

Y lo que, en nuestro concepto, es mas sacrilego todavia, la calificación implícita que envuelve respecto á Cristo fundador de este Sacramento, como de todos los demás. Porque si el Sacramento del matrimonio significa la *union de Cristo con la Iglesia*, como creemos y estamos en el derecho de creer y no podemos dejar de hacerlo así los hijos de la fé; si concubinato se llama aquella union, no queda bien parado su Divino fundador. ¡Blasfemia in-calificable y llena de abominacion!

Y si á esto que acabamos de expresar y que no se oculta ni

ocultarse puede á la conciencia de todo hombre pensador, se añade para que más y más resalte la comparación que venimos haciendo, que como allí, aquí el contrato civil se realiza con mucha generalidad entre personas de costumbres dudosas; que de esta manera toman libertad amplia para hacer parecer en pública y á la sombra de una ley la brutal sensualidad que oculta los dominaba, creemos completo el cuadro que bosquejamos.

Porque de aquí, con el desprecio del Sacramento, surgen todos los vicios que son una consecuencia lógica del estado moral de sus conciencias; la indiferencia á las cosas Santas, la inclinacion á todas las libertades... Los bárbaros decretos de la *Commune*, ordenando la nefanda union de Padres, hijos y hermanos, pueden hablar por nosotros...

No es extraño: Quizás sin pensarlo, el legislador dió en esta ley innecesaria origen y apoyo á la sensualidad en todos conceptos, y abrió ancha puerta á la destruccion de la sociedad misma que queria enaltecer; fundada primero en la ley natural, despues en la ley escrita, últimamente en la ley de gracia de la cual apareció siempre Dios el autor, no el hombre.

Y fueron tambien destruidos



por el diluvio los animales, los reptiles, las aves... ¿Y porqué?... ¡Habian servido al hombre para sus mismos placeres: habian contribuido á su alejamiento del Criador: habiálos deificado: los adoraba como á dioses...!!

Y bien: ¿no ha llegado el hombre *ilustrado* de hoy, en alas de su tan encomiada ciencia, no solo á deificarse á sí mismo, despojando á Dios de los atributos que le son esenciales y dándolos á su razon, sino lo que es mas todavia, casi á deificar al bruto, haciendo al hombre, imágen y semejanza de su Criador, originario de aquel? ¿No lo expresaban así terminantemente los decretos de la Asamblea comunista de Paris, cuando en sus considerandos decia que tanto mas se apróximaba el hombre á la *santa y augusta* madre naturaleza, cuanto mas se acercaba á la bestia? ¿No prueban estos mismos delirios, y los vicios á ellos consiguientes, el sistema execrable de Darwin sobre el origen del hombre, haciéndolo en virtud de ciertas *selecciones* naturales un mono perfeccionado?

Y despues de esta *regeneracion tan ilustrada* del mundo que aun no ha entrado en una nueva fase, digan lo que quieran algunos cándidos optimistas; que no ha concluido ni se le vé mane-

ra de concluir, porque aun viven sus autores; aun viven sus maestros; aun viven los libros de texto; y aun se entregan á los jóvenes á su enseñanza... ¿no podemos concluir que despues de esto el diluvio?

*Juan José Pedrajas.*

---

### SECCION DE NOTICIAS.

---

El Padre Pithou, comisionado por la diócesis de Paris, y ministro de la casa profesa de los jesuitas, acaba de presentarse á Su Santidad para entregarle un voluminoso legajo que contiene las súplicas que la Compañía y todo el Clero francés dirigen al Pontífice infalible para acelerar la beatificacion de los Sacerdotes martirizados por la *Commune*, y en él se quiere probar, en virtud de documentos canónicos, la evidente santidad de los Padres Olivaint, Ducoudray, Caubert, Clere, de Bengy. En este precioso volumen van incluidos el proceso que formó el Ordinario y la autenticidad de los milagros últimamente sucedidos en la iglesia de la ciudad de Sevres, sobre la tumba de los nuevos mártires.

El Papa, que ha colocado sobre los altares tantos santos franceses, y que no deja de mostrar un amor de preferencia por esta desgraciada nacion, recibió con dulce é inefable sonrisa esta nueva causa de beatificacion.

---

Resúmen de las materias que contiene este número.

SECCION DOCTRINAL.—*Tercera velada*, por el Excmo. Sr. Obispo de Jaen.—*Despues de esto... el diluvio*, por el Sr. Don Juan José Pedrajas.—SECCION DE NOTICIAS.

---

CÓRDOBA:

Imprenta de LA ACTIVIDAD,  
Azonaicas, 4.